Guillermo Rosas SS.CC.

6to. Domingo de Pascua – Ascensión de Jesús

Domingo, 29 Mayo - 2022

Queridas hermanas y hermanos:

En este sexto domingo de Pascua, estamos convidados a hacer memoria de un acontecimiento que a nuestra razón le cuesta comprender: ***la ascensión de Jesús al cielo***. Nuestra cultura llena de ciencia y conocimiento no acepta fácilmente la imagen, mil veces representada en el arte, de Jesús de Nazaret, resucitado, que sube al cielo y desaparece entre las nubes ante el estupor de sus apóstoles.

Pero hoy, como siempre, tenemos que ir más allá de la imagen, más allá de la comprensión racional, y preguntarnos por el sentido profundo de ese acontecimiento de la historia de la salvación, que por lo demás, forma parte de este ciclo del misterio pascual, que abraza la pasión, la muerte, la resurrección, la ascensión y la venida del Espíritu Santo.

Buscar es significado para nuestra fe, a dos mil años de distancia de los hechos que hoy nos narra el libro de los Hechos de los Apóstoles y el Evangelio, ambos escritos por san Lucas, es no solo necesario para celebrar la ascensión, conscientes de su importancia, sino sobre todo porque, como sabemos, nuestra liturgia no hace un mero recuerdo de los hechos de la vida de Jesús, sino que los trae al presente, al aquí y ahora. Ellos tienen una fuerza liberadora y dadora de sentido para cada época de la historia y para cada asamblea de cristianos que se reúne a celebrar su fe.

El relato de la ascensión se desarrolla en apenas tres versículos del Evangelio según san Lucas. Sin embargo, es un acontecimiento crucial en la vida de Jesús y, sobre todo, de sus discípulas y discípulos. San Lucas lo cuenta dos veces, al final de su evangelio y al inicio de su otro libro, los Hechos de los Apóstoles. Hoy escuchamos ambos textos en nuestra Liturgia de la Palabra.

Parece que san Lucas quiere subrayar que con ese episodio se cierra la vida pública de Jesús y al mismo tiempo inicia una nueva presencia, más profunda y duradera, que es el inicio y, en cierto modo, el fundamento de toda la historia de la Iglesia.

“Subir al cielo” quiere decir pasar de la vida terrenal al permanente encuentro con Dios. Es el movimiento inverso al de la Anunciación. Así como la anunciación del ángel Gabriel a la Virgen María es el momento en el que Dios decide “bajar” a la tierra, haciéndose ser humano en el vientre de una mujer, así ahora, la ascensión es el momento en el que el ser humano Jesús de Nazaret, muerto y resucitado, vuelve a “subir” para cerrar el ciclo de su vida terrenal y estar para siempre con Dios. A partir de aquí sólo podemos hablar en imágenes: retorna al Padre, se sienta junto al trono de Dios para siempre, vive glorificado para toda la eternidad, etc. La carta a los Hebreos lo explica diciendo que Cristo entra en un santuario, no ya hecho por manos humanas, sino en el mismo cielo, para presentarse delante de Dios (Heb 9,24).

Tanto en el relato de la anunciación como en el de la ascensión, la sacralidad del momento está subrayada, por la presencia de ángeles. En la anunciación es el ángel Gabriel, y en la ascensión son los dos hombres vestidos de blanco. Y así como el ángel Gabriel infunde confianza a la joven María diciéndole que no tenga miedo porque goza del favor de Dios, para quien nada es imposible, así los dos ángeles de la ascensión lo hacen diciendo a los discípulos que ese Jesús que les ha sido quitado y fue elevado al cielo, vendrá de nuevo, de la misma manera que lo han visto partir.

Porque subir al cielo no significa que Jesús se haya alejado de los suyos. Significa, y así lo ha entendido siempre nuestra fe, que volvió al Padre y se sentó a su lado en la gloria. Ascender quiere decir entrar en una relación definitiva con Dios. No se puede entender en un sentido espacial. Es como entrar en una presencia total, ya no condicionada por el espacio y el tiempo. No es, por lo tanto, un alejarse de Jesús, sino más bien al contrario, un acercarse mucho más profundo y abarcante. Si no, ¿cómo se entiende la alegría de los discípulos, parecida a la alegría de la Virgen María en la anunciación? Dice san Lucas: "Los discípulos, que se habían postrado delante de él, volvieron a Jerusalén con gran alegría". No sólo no están tristes con la separación, sino que están llenos de alegría.

¿Qué había pasado? Los discípulos y discípulas de Jesús, hombres y mujeres sencillos, la mayoría sin estudios, rudos algunos, han vivido una profunda experiencia religiosa; han experimentado, desde su fe sencilla, que el Señor ahora estaba definitivamente junto a ellos, con su Palabra y con su Espíritu. Es cierto que se trata de una cercanía más misteriosa, más difícil de comprender y explicar con palabras, pero que, sin embargo, es tan real como la de antes. Seguramente los discípulos recordaron las palabras de Jesús cuando les había dicho: "Donde hay dos o tres reunidos en mi nombre, ahí estoy yo, en medio de ellos" (Mt 18,20). En el día de la ascensión, los discípulos y discípulas deben haber comprendido realmente esas palabras. En cualquier parte de la tierra, en cualquier época, a cualquier hora, si se reúnen dos o más discípulos en el nombre del Señor, allí está él en medio de ellos. De aquí en adelante Jesús acompañaría con su presencia, todos los pasos de sus discípulos. De allí el motivo de su "gran alegría". Ya nadie podrá alejar a Jesús de sus vidas y de su misión.

Los dos ángeles que aparecen en la escena se presentan mientras los discípulos están con los ojos fijos en el cielo. Habría que decir, en "su" cielo: sus sueños, fantasías, en definitiva, su egoísmo. No es ése el cielo que hay que mirar. Por eso les dicen, luego de asegurarles que Jesús volverá a venir algún día: "Hombres de Galilea, ¿por qué se quedan ahí mirando el cielo?", les preguntan. Podemos hoy interpretar esa pregunta dirigida a nosotros: "Hombres y mujeres de hoy, ¿por qué se quedan mirando SU cielo?".

¿Y cuál es nuestro cielo, o mejor, MI cielo? Es la pregunta que nos deja hoy la liturgia. Son esas ensoñaciones que, en vez de ponernos realistamente sobre la tierra, para vivir sus penas y alegrías, para realizar en ella la misión que como cristianos tenemos de hacerla más habitable, más justa, más fraterna, más inclusiva y respetuosa de la dignidad de cada ser humano. Son esos pensamientos que nos distraen de lo verdaderamente importante, que es el amor a Dios y al prójimo, que es la tarea que Jesús dejó a todos sus discípulos y discípulas para el resto de la

historia. Son esos sueños autocentrados, que giran sólo en torno a los propios deseos y preocupaciones, reduciendo a nosotros mismos el vasto horizonte del reino de Dios que estamos llamados a construir cada instante de nuestras vidas.

Cada domingo la Palabra del Señor nos convida a romper los límites estrechos de "nuestro" pequeño y a veces egoísta cielo. El cielo de Jesús es más ancho, grande como el mundo entero y profundo como el corazón de cada ser humano. Es el universo entero, no sólo la parte que pintamos de celeste con unas nubecitas blancas, y que llamamos "cielo". El cielo de Dios cubre, envuelve y abraza a todos los seres humanos, y todas sus criaturas: el rostro de los pobres, de los débiles, de los que viven en las calles, los lugares asolados por la guerra, como Ucrania, y por la miseria, como tantas periferias de las grandes ciudades, los enfermos, las avenidas y las plazas de nuestras ciudades. Nos invitan a contemplar esos cielos para servirlos.

Hoy, como en cada eucaristía, el Señor nos regala la gracia de encontrarnos con él y de ascender con él sin dejar de mirar la tierra. Sólo así nos haremos cercanos a Dios y a los hombres. Así sea.

Guillermo Rosas ss.cc.